



RESPIRAR

Rocío Romero

Santurtziko Udal Liburutegi Sarea argitaratuta

Publicado por la Red de Bibliotecas de Santurtzi

RESPIRAR

Roció Romero Peinado

Premio “Las redes de la memoria” 2009

AURKEZPENA

2007 eta 2015 urteen artean Globalkultura Elkarteak “Las redes de la memoria” kontakizun laburren sariketa sortu zuen herritarrok gure iragana ezagutu eta babestearen garrantziaz sentsibilizatzeko xedez. Asmoa zera zen, idazleen begi eta lumen bidez gure memoria erreskatatzea. Horretarako, narrazioen eragile gisa, 1901 eta 2000. urte arteko postalak eskegi ziren, hortik abiatuta kontakizunak idazten has zitezten.

2009ko gaztelaniazko kontakizun onenaren saria Rocío Romero Peinado santurtziarrak irabazi zuen “Respirar” narrazioarekin. Gaur “Topagunea Santurtzi” bildumaren barruan aurkezten dizuegu. Proiektu honen bidez, irakurleen esku jarri nahi ditugu egile santurtziar edo Santurtzirekin loturarik duten idazleen literatura-lanak, zein jabari publikoan dauden edo eskubideak lagata dituzten. Hauxe da “Respirar” kontakizunaren kasua, santurtziarra duena egilea eta Santurtzin kokapena.

Ziur gaude gogoko izango duzuela eta Txoren istorioak ez zaituztela hotzepel utziko.

PRESENTACION

Con la finalidad de sensibilizar a la ciudadanía sobre la importancia de conocer y preservar nuestro pasado Globalkultura Elkarteak convocó entre los años 2007 y 2015 los premios de relato corto “Las redes de la memoria”. Se pretendía rescatar nuestra memoria más inmediata a través de los ojos y la pluma de escritores y escritoras. Para ello y como detonante de las narraciones se colgaban una serie de tarjetas postales fechadas entre los años 1901 y 2000 a partir de las cuales se articulaban los relatos.

El premio al mejor relato en castellano 2009 correspondió a “Respirar” de la Santurtziarra Rocío Romero Peinado que hoy os presentamos dentro de la colección “Localización Santurtzi” un proyecto que persigue poner a disposición de los lectores y lectoras en formato pdf y e-pub obras literarias en dominio público o de las que se han cedido los derechos obra de autores santurtziarras o que presentan algún tipo de relación con nuestra localidad. Este es el caso de “Respirar” tanto por su autoría como por su argumento.

Estamos seguros de que será de vuestro agrado y la historia del pequeño “txo” no os dejará indiferentes.

Santurce. Llegada de la sardina

Santurce. Llegada de la sardina



Puerto de Santurtzi. 1908

Postal a partir de la cual se crea el relato

Sigo corriendo. Apenas puedo respirar, pero no dejo de contar mentalmente para marcar el ritmo, como me enseñó mi hermano. La gente cuenta ovejas para dormir, yo cuento peces para correr. Ciento cuarenta y seis, ciento cuarenta y siete, jadeo y me llevo el puño al costado, pero no me paro. Nunca me paro. Atravieso el parque pisando el césped, esquivando perros y espantando palomas. Ya veo la cofradía.

No ha parado de llover durante los últimos dos días pero en el puerto no cabe un alma. Parece que se ha dado bien. Huele como si todas las sardinas del Cantábrico hubieran saltado a las traineras, cubriendo cajas y cestas, la rampa y las manos con ese olor suyo salobre y plateado. Dios, qué tarde. Entorno los ojos, coma siempre, los dejo vagar entre el gentío igual que se mira el mar, sin detenerse en las gotas. Sólo se ven destellos. No distingo personas, veo sardineras, pescadores, chavales cargando cajas, pero se acaban mezclando y al instante siguiente uno es el otro, y quien reparaba *bolintxes* ahora vocea el pescado. Llego tarde.

Avanzo a empujones hacia las barcas, resbalando en la rampa de amarre. Hay un hombre que siempre me mira, con las cejas juntas y los ojos muy serios. Me gusta pensar que lo sabe, aunque lo más probable es que me dé un pescozón si me pilla tocando el pescado. Aparto la cara y me cuelo en el grupo que espera a descargar. Nos suelen dar una propina por la ayuda y a veces, si tenemos suerte, nos preparan un cucurucho con alguna de las piezas más pequeñas. Los primeros puestos de la cola están muy solicitados, todos nos empujamos para que nos vean subir más veces. Un chico algo mayor me clava un codo afilado en el pecho y trata de ponerse delante. Yo no me muevo. Cuando me pasan la primera caja me detengo un instante a mirarla, lo justo para evitar el empujón del siguiente. Sardinas que se asfixian, pienso.

Si nunca has llegado a ahogarte no sabes de qué hablo. Yo me ahogué una vez, del todo. En casa se ríen cuando lo cuento, pero yo sé que aquella tarde me morí, al menos durante un rato. Mirábamos el mar desde el borde del muelle, tumbados boca abajo, arañándonos las rodillas, destrozando las punteras de los zapatos y muriéndonos de risa. Ganaba el que sacaba los brazos más lejos. Julián medía sus buenos siete centímetros más que el resto y tenía una ventaja increíble, pero a los cinco años uno es más valiente que listo. Apenas recuerdo el vuelco en el estómago al sentir que me caía. Creo que intenté gritar porque noté el sabor salado antes que el frío. Sé que abrí los ojos pero sólo veía alguna esquina de mi ropa desmañada entre burbujas, sangre y pataleos furiosos. A la lejos, más allá de ese rumor profundo del agua oí que

gritaban mi nombre, y pensé tontamente que mejor se tiraran a sacarme. No paraba de boquear. Me escocían los ojos y la garganta, y noté cómo mis golpes empezaban a ser mas pesados. Mi aita habría dicho que peleé bien, pero yo sabía que me ahogaba un poquito más con cada patada hacia el fondo.

No tardaron en sacarme, dicen. Les vi llegar buceando. Yo, o creo que era yo, flotaba a cierta distancia, ya sin miedo, y podía ver mi cuerpo tirado en el lecho de barro de cualquier manera. Tenía una herida muy fea en la frente que soltaba un hilillo de sangre continuo. Se me había bajado el pantalón y traté de acercarme a subirlo para que no me vieran los calzoncillos al subirme al puerto. Julián se va a partir cuando me vea, pensé. Pero no pude. Lo que creo que era yo tampoco debía de saber nadar porque no logré acercarme al grupo de rescate. Si me preguntan tendré que decir que no sé por qué volví, pero lo que si sé, seguro, es que aquella tarde me había ido.

Pienso en la asfixia de las sardinas y contengo la respiración un rato para recordar qué se siente. Me mareo enseguida, más por el pánico que por la falta de oxígeno, y noto esa sensación familiar en el pecho, como si me lo aplastaran con un pupitre. Algunos pescadores esperan arriba ordenando las cajas de forma mecánica. Nadie me mira. Al dejar la mía sobre el resto, meto la mano con cuidado y saco un par de sardinas sin mirar hacia abajo. Alguien me grita y sé que me he ganado un pescozón, pero corro hasta el murete del muelle y las lanzo al agua. Describen un arco estupendo, como los competidores de salto que vienen a las rocas en verano, pero no sacuden la cola en el aire. Están muertas, del todo.

No sé por qué lo intento. Las observo un rato mientras flotan a sólo un par de centímetros de la superficie y trato de reanimarlas mentalmente. Por fin, debajo de la primera, aparece una boca grande que comienza a golpear el lomo brillante de mi sardina. Enseguida llegan más, muchas bocas redondas que succionan el sumidero de la pila y se me llenan los ojos de lágrimas. Me agacho furioso y busco una piedra, una mediana e irregular, de las que hacen mucho daño. La veo volar; esta vez es un lanzamiento desesperado, sin arcos de exhibición, que golpea certero al primer agresor. Se hunde de golpe.

Dicen que todos inventamos recuerdos. Parece que el tiempo traza caminos nuevos, con curvas que nunca existieron, para adaptarse a lo que nos resulta más probable. Eso me ha dicho mi hermano alguna vez, y si está en lo cierto puede que después no recuerde haber matado aquel muble. Pero es que las sardinas eran más. Las vi aquella tarde, mientras miraba mi cuerpo clavado al fondo como un ancla más. En casa dijeron que aquello fue un sueño, que en el puerto no hay sardinas desde hace décadas a que nunca las ha habido, según la versión. Pero yo vi un banco entero nadando en círculos a mi alrededor.

Me miraban, o eso creo, con sus ojos minúsculos, y las líneas perfectas de sus vientres parecían señalar algún punto concreto en aquel trozo encerrado de mar. Después de aquello, he oído hablar de personas al borde de la muerte y todo eso. Yo no vi más luz que la de la tarde filtrándose a duras penas, ni ángeles, ni sirenas, nada más que los círculos y esos ojos planos. Recuerdo que quise ser un pez.

Me sobresalta una mano en el hombro y doy un respingo nervioso. Es el pescador que parece vigilarme cuando me cuelo en la descarga. Me entrega un paquete envuelto en periódicos húmedos.

—Se zarpa a las cuatro. No llegues tarde.

Querrá castigarme, pienso. Me ha visto tirar las sardinas y no habrá perdido detalle del resto. Sabe de mi furia y de mis lágrimas. Titubeo nervioso sin apartar la mirada de sus botas de goma. Me encanta el mar, claro. Imagino el *txirimiri* salado, el balanceo de feria y el rumor sordo de las olas, de veras. Pero él sabe que odio la pesca. Se asfixian despacio, unas contra otras, removiéndose estremecidas, con mirada desorbitada. Imagino la presión en sus pechos, o en lo que quiera que tengan en ese punto en el que sienten que se mueren. No puedo.

—No podrás salvarlas a todas, chaval. Pero desde la misma red puede que tengas suerte con alguna.

Vuelvo a atravesar el parque corriendo. Jadeo contando, ciento cuarenta y seis, ciento cuarenta y siete... No me paro hasta llegar a casa. Desenvuelvo el paquete y me pruebo las botas de

arrantzal.

Rocio Romero Peinado 1972an Barakaldon jaiotako santurtziarra da. Lana eta ama gisa duen zeregina bateragarri egin behar dituen arren, oraindik du idatzi eta “Contando las horas” izeneko mikroen blogean aritzeko astia.

Ingeles filologian lizentziatua da, eta “betidanik” izan du idazteko zaletasuna. Orain dela urte gutxi kontakizun labur eta mikrokontakizunetan espezializatu zen. Horrez gain, blog eta aldizkari digitaletan aritu da, bertan kontakizunen bat edo beste agertuz. Paperean, “Respirar” ez ezik, “Mar de pirañas. Nuevas voces del microrelato español” eta “De Antologian” ere aurki ditzakegu bere kontakizunak .

Bestalde, berak idatzitako mikroetako bat, “Los secretos” izenburupekoa, milaka lagunek entzun zuten, 2014an “La ventana de la Ser” saioaren “Relatos en cadena” lehiaketaren finalista izan zen eta.

Rocío Romero Peinado es una santurtziarra nacida, como casi todos, en Barakaldo en 1972. Compagina su vida laboral con la tarea de madre a tiempo completo y aún le queda tiempo para escribir y mantener el blog de micros “Contando las horas”.

Licenciada en filología inglesa, ha escrito “desde siempre” como hobby y desde hace unos años se ha especializado en el relato breve y el microrelato, colaborando además en blogs y revistas digitales en las que han aparecido algunos de sus relatos. En papel, además de este “Respirar” podemos encontrar obra suya en “Mar de pirañas. Nuevas voces del microrelato español” editada por Menoscuarto y en “De Antología”, publicada por Talentura.

Por otra parte uno de sus micros el titulado “Los secretos”, pudo ser escuchado por miles de personas puesto que en 2014 fué finalista del concurso Relatos en cadena del programa La ventana de la Ser.

EBC-k Sigil eta Calibreren bidez sortua
Creado y generado con Sigil y Calibre por EBC
Iraila 2015 Septiembre

SANTURTZIKO UDAL LIBURUTEGI SAREAK ARGITATUTA
PUBLICADO POR LA RED DE BIBLIOTECAS MUNICIPALES DE SANTURTZI